



Desafíos para la política exterior argentina a partir del 2008

Francisco Corigliano*

Cualquier intento reflexivo sobre los desafíos del próximo gobierno en materia de política exterior —necesariamente precario debido al dinamismo de las realidades interna, regional y global— debe partir de un balance, aunque sea breve, acerca de este capítulo de las políticas públicas durante la gestión de Néstor Kirchner (2003-2007).

Dicho balance evidencia la emergencia de una política exterior condicionada a las necesidades electorales internas de un gobierno que había asumido con un estrecho margen de gobernabilidad. Enfrentado a esta situación, Kirchner —como su antecesor Eduardo Duhalde (2002-2003)—, privilegió la “demonización” del “modelo” heredado de sus predecesores Carlos Menem (1989-1999) y Fernando de la Rúa (1999-2001).

Esta “demonización” permitió el incremento del margen de maniobra interno del gobierno, revirtiendo el problema de legitimidad de origen de Kirchner. No obstante, al mismo tiempo, dificultó la adopción de todo gesto de compromiso de mediano o largo plazo con Washington o con la comunidad internacional, que pudiera ser leído en el ámbito doméstico como un retorno al comportamiento externo del período 1991-2001. Impidió —y continúa impidiendo— la distinción conceptual entre las falencias y costos sociales de un modelo económico que no garantizó la transparencia jurídica necesaria para atraer inversiones internas y externas ni para respetar los contratos firmados; y la adopción de una política exterior, que, más allá de sobreactuaciones y algún que otro error, contribuyó a mejorar la imagen internacional de la Argentina y a promocionar un modelo económico que colapsó por producto de sus propios errores y no como fruto de decisiones de política exterior. Como sostiene Carlos Escudé, la política exterior tiene por función el *apuntalamiento* de la política económica interna. Pero la mejor colección de gestos externos no puede ocupar el lugar protagónico de un repertorio de medidas económicas eficazmente administrado y sus efectos de arrastre en las políticas doméstica y externa.

El gobierno de Kirchner, prisionero del “mito de la demonización del período 1991-2001” —que contribuyó a gestar y fomentar—, se negó a participar del Operativo conjunto Águila III con Estados Unidos y otros países latinoamericanos en octubre de 2003; se abstuvo de sumarse a Washington en la condena a las violaciones de derechos humanos perpetradas

por el régimen cubano en el marco de la ONU; atacó en su discurso ante la Cumbre de las Américas de noviembre de 2005 al FMI, al ALCA y a las políticas regionales de Washington; y declinó la invitación que le ofreciera la ONU para sumarse a las fuerzas de mantenimiento de paz en el conflicto en el Líbano en 2006.

Como contrapartida a estas iniciativas, y pragmáticamente consciente de la necesidad de no quebrar el diálogo con la Casa Blanca y el Pentágono, el gobierno de Kirchner adoptó la doblemente prudente —y por lo tanto, sabia— decisión de apoyar la postura norteamericana crítica hacia la política de rearme nuclear iraní en la ONU, y de cooperar con la administración de George W. Bush en los temas más sensibles de la agenda: lucha contra el terrorismo y el narcotráfico, gesto este último reconocido en los informes del Departamento de Estado que evalúan como “constructiva” la actitud de la diplomacia argentina en estos dos *issues* urticantes.

Este breve balance no puede obviar la presencia de *cuestiones pendientes* en la agenda externa, que Néstor Kirchner deja para su sucesor, que con altísima probabilidad será su esposa Cristina Fernández.

¿Qué contenido tendrá el vínculo con Venezuela? Hasta el momento, el gobierno de Kirchner parece haber circunscripto las relaciones con Caracas al ámbito económico-comercial: cabe recordar que fue el gobierno de Hugo Chávez el único que compró los bonos de deuda argentinos, en el contexto del escepticismo de la comunidad internacional posterior al *default* de diciembre de 2001 para con nuestro país como mercado confiable, y que Venezuela es el único actor externo que ha demostrado real interés en invertir en la Argentina de los años K. El régimen chavista tiene interés en elevar el status de sus vínculos con Kirchner con la inclusión de compromisos en el plano estratégico-militar, pero ésta sería una opción que tendría inevitablemente costos en la relación Buenos Aires-Washington. El actual presidente las ha evitado sabiamente. ¿Qué camino tomará el próximo gobierno, en vista de los coqueteos de Chávez con Irán y las FARC colombianas, que la Casa Blanca y el Pentágono no dejan de percibir con inquietud?

Otra cuestión pendiente de resolución, también perteneciente al plano regional de la agenda externa, radica en resolver la dirección de los vínculos con



México y con Brasil, otros dos interlocutores de importancia. Fiel al juego pendular, Kirchner impulsó el ingreso de México como miembro del MERCOSUR —gesto que aparejó más de un roce con Brasil—, pero en el tema crucial del ALCA no avaló la opción de ALCA “incondicional” o *ALCA made in USA* sostenida por el presidente Vicente Fox en la Cumbre de Mar del Plata en noviembre de 2005.⁽ⁱ⁾ La visita de Cristina Fernández como candidata presidencial a México y su diálogo con el presidente Felipe Calderón y con los empresarios efectuada a fines de julio de 2007 procura comenzar a cauterizar las heridas bilaterales generadas por el rechazo argentino a que Brasil y/o México ocupen un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y a incrementar el peso del país azteca en el comercio exterior argentino —ocupa actualmente el 6° lugar como cliente y el 5° como proveedor—⁽ⁱⁱ⁾ y como potencial inversor en una Argentina anémica de capitales externos tras el colapso de diciembre de 2001. Sólo el paso del tiempo dirá en qué medida estas heridas comenzarán a cerrarse.

Lo dicho respecto de las relaciones con México es válido para el caso de los vínculos con Brasil. Hasta el momento, el juego pendular de la diplomacia argentina no ha contribuido a despejar dudas y resquemores que expresan, en el plano bilateral, un proceso de estancamiento del MERCOSUR que amenaza con consolidarse.

En el plano global, aparecen dos cuestiones pendientes. Una de ellas es el futuro de los vínculos con España, el único de los inversores externos que —más allá de idas y venidas—, ha seguido apostando en el mercado local de la Argentina post-crisis 2001. El moderado tono adoptado por Cristina en su encuentro de julio de este año en Madrid con la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) constituyó un gesto orientado a la necesaria recomposición de los vínculos de la Argentina con el mercado de capitales, un camino que —como el título del tema de los Beatles— promete ser “largo y sinuoso”.

La otra cuestión pendiente —vinculada con la anterior— y de resolución difícil en tanto tiene un sesgo estructural, es el del mantenimiento de la impunidad y la corrupción como prácticas cotidianas.

A pesar de los numerosos gestos con los que el gobierno de Kirchner ha querido diferenciarse de sus “demonizados” antecesores, los atentados a la Embajada de Israel y a la AMIA aún siguen pendientes de resolución y constituyen un doloroso ejemplo de la impunidad. Respecto de la corrupción, los últimos meses de la actual gestión presidencial fueron testigos de un *crescendo* de esta enfermedad endémica: el caso Skanska, los dólares “olvidados” en el baño del Ministerio de Economía por la ex ministra Felisa Miceli, la valija con los petrodólares procedente de Venezuela. Ejemplos que son, a pesar del esfuerzo de “demonización del período 1991-2001”, molestas repeticiones de otros hechos de corrupción ocurridos en ese período y en otros ubicados en el pasado. Casos que expresaron —y expresan— la estructural persistencia de un patrón cultural anti-legalista y anti-institucionalista en la sociedad y la dirigencia política argentina. Y dicha persistencia es un serio obstáculo a la estabilidad política y económica interna y a la credibilidad externa de la Argentina.

Cierro esta breve reflexión con mi sincero deseo de que los próximos gobiernos nacional, provinciales y municipales tengan la voluntad de iniciar la reversión de este lamentable legado histórico-cultural. Espero que no se convierta en una quimera.

Notas

(i) Acerca de esta cuestión, el lector puede consultar mis artículos “La política latinoamericana de Kirchner”, revista *Criterio*, año 77, N° 2300, Diciembre 2004, pp. 718-722; “La posición del gobierno de Kirchner en la Cumbre de las Américas 2005: un balance preliminar”, Boletín ISIAE, año 8, N° 37, diciembre de 2005, pp. 1-3.

(ii) “Un intercambio comercial que es fuerte, pero que no supera a Brasil”, diario *La Nación*, Buenos Aires, 31 de julio de 2007, p. 6.

* **Francisco Corigliano** es Doctor en Historia (UTDT) y Master en Relaciones Internacionales (FLACSO) y Profesor en la FLACSO y las Universidades de Buenos Aires, San Andrés y Torcuato Di Tella. Co-autor de la obra colectiva de quince tomos *Historia de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, dirigida por Andrés Cisneros y Carlos Escudé, Buenos Aires, CARI y GEL, 1998 a 2003.

Novedad Bibliográfica

Libro **“Política y diplomacia. Una política institucional hacia el mundo”**, por Julio Ramón Lascano y Vedia. Ediciones Tu Llave. 196 páginas.